

## Cachivaches

FAUSTINO LARA IBÁÑEZ

**M**i labor empieza cuando el bedel cierra las puertas del edificio. He perdido la cuenta de los años que llevo limpiando las aulas, los pasillos, los despachos, los aseos y todos esos rincones y pequeños cuartos y almacenes de la Facultad de Químicas que suelen estar llenos de objetos y cachivaches que alguien deja ahí, siguiendo una rutina, o bien porque ha decidido desprenderse de ellos de una manera voluntaria y, en vez de arrojarlos a la basura, los deja en un sitio concreto para que el servicio de limpieza, en este caso yo, se desprenda de ellos, o bien porque se han ido quedando sin una utilidad práctica en el día a día de este centro universitario, y que solamente yo reconozco como si fueran parte de mí misma; objetos y cachivaches que se van amontonando casi siempre sin orden ni concierto, pero que dice bastante de las personas que han pasado y pasan por aquí muchas horas de sus vidas. Es una de las ventajas de llevar trabajando tantos años en

el mismo sitio: sentir que los objetos llevan algo de ti y que, al mismo tiempo, no puedes evitar llevar algo de ellos que, en cierto modo, los identifica como parte singular de un todo. Por eso no es raro que, a veces, me ponga a fregar suelos con esa peluca de rizados pelos naranjas que usó el anciano catedrático Olarte con un gracejo desacostumbrado para sus costumbres de tipo serio y distante más de veinte años atrás, durante la celebración de unos carnavales que, según anunciaban los carteles y las octavillas que el personal docente y el alumnado distribuyeron por la Facultad, serían los Carnavales de la Concordia y la Felicidad, después de oscuras décadas en las que el miedo y la incertidumbre habían campado a sus anchas. Otras veces, después de limpiar afanosamente los cristales de un pasillo para dejarlos sin una sola huella, me creo una científica de postín rescatando de un cuarto adjunto al laboratorio probetas, tamices, embudos, matraces y otros objetos con los que me entretengo a mi manera y que la profesora Palacios usó durante los más de veinticinco años que ejerció su labor educativa y que, tras su repentino fallecimiento, alguien dejó de utilizar y guardó no sé si por respeto y como homenaje hacia la muerta o, simplemente, se olvidó de ellos y adquirió otros útiles más modernos con los que seguir haciendo los ensayos y las pruebas que ella hizo durante su etapa universitaria. Otras veces, mientras hago un breve descanso, me siento frente a una pizarra llena de fórmulas y palabras muy raras que han sido escritas por el profesor

Escalante. con sus trazos uniformes, perfectamente legibles, sin borrones, e intento descifrar por mí misma el significado de todo aquello, y la verdad es que siempre encuentro para esas fórmulas y palabras alguna explicación lógica y sensata que me hace pensar durante unos instantes que yo también podría llegar a ser una gran química, como quienes estudian y enseñan en esta Facultad; sin embargo, cuando vuelvo a empujar el carro que contiene los productos de limpieza y vuelvo a mi tarea, me doy cuenta de que todos tenemos nuestro particular hueco en este mundo, y debemos saber cuál es y dónde está para evitar sentirnos desubicados. Esto no quiere decir que a veces nos guste jugar con los sueños y ser partícipes de una realidad paralela que, en el fondo, tiene mucho que ver con aquello que añoramos o que ineludiblemente suele acabar remitiéndonos a la infancia, como cuando me pongo muy grave y solemne, como solía hacer mi abuelo Sebastián, usando la pipa que Manzaneque, el orondo director de la Facultad, tiene sobre una estantería en la que se acumulan decenas de libros y revistas científicas, o cuando me pinto mucho los labios de rojo, como lo hacía mi tía Remedios, con la barra que la profesora Millán siempre tiene sobre el escritorio de su despacho, o cuando me pongo un traje de princesa similar al que yo tenía cuando era niña y que la profesora Vilches usó durante unas jornadas culturales en las que se hicieron numerosas representaciones teatrales en el auditorio de la Facultad, y en las que toda la comunidad universitaria se involucró de

una manera u otra para reivindicar el poder unificador de la Cultura. Otras veces me entretengo sencillamente removiendo y cambiando de sitio los pequeños cachivaches que se acumulan en cajas en el cuarto de los objetos perdidos, y que son todos aquellos que se han ido quedando olvidados en un pupitre, en una percha o en el alféizar de una ventana y que, después de pasar un tiempo prudencial en la Secretaría, no han sido reclamados por nadie. A veces, también me pongo los auriculares del mp3 que me regaló mi hija para mi último cumpleaños, y escucho las canciones que ella misma se encarga de descargar y renovar cada cierto tiempo con los temas que a mí más me gustan y que no parecen encajar entre sus prioridades musicales, aunque ella es muy disciplinada y siempre acepta mis preferencias. Es una manera más de sentirme acompañada mientras realizo mi trabajo y entablo divertidas conversaciones con carpetas, bolígrafos, reglas, lapiceros, libros, rotuladores y folios garabateados que, como si formásemos una cooperativa afectiva, parecen mostrarme unas sonrisas muy sinceras, sin retorcidas ni calculadas ambigüedades, y que al principio pronuncian muy bajito mi nombre, como si creyeran que alguien pudiera escucharnos y llamarnos la atención, pero que pronto se sienten con la libertad suficiente como para contarme todo lo que ha sucedido en la Facultad durante el día. Yo aprovecho para tirarles de la lengua y ellos siempre responden a mis expectativas, hablándome sin tapujos de amoríos, rencillas, aventuras, odios y rencores, con

una pasión muy auténtica y redentora. Me hablan del nerviosismo y de la ilusión que sienten quienes cursan su primer año en la Facultad, de lo bien que se lo pasan haciendo nuevas amistades y aprendiendo todos aquellos conceptos que, con el tiempo, les convertirán en profesionales de la Química. También me hablan de la incertidumbre, del miedo y del vértigo que sienten quienes están cerca de finalizar su etapa universitaria para acceder al complejo mundo profesional. Y como se enteran de todo, también me hablan de las manías, fobias, gustos y preferencias que tienen quienes configuran la comunidad educativa y el claustro docente, y de algunos líos amorosos extramatrimoniales que mantienen entre los muros de la Facultad. A veces, especialmente cuando están muy habladores, tengo que cortar drásticamente la conversación y seguir con mi trabajo para que mis superiores no me pongan una falta y poder llegar al último autobús que, ya bien entrada la noche, me lleva a casa.

Y así, limpiando la Facultad de Químicas e interactuando con todos los objetos y cachivaches que aquí conviven, se me pasan los días, las semanas, los meses, los años y todas las jornadas de trabajo de una manera muy amena y divertida que me permite sentir el orgullo de vivir la vida con una naturalidad que tiene algo de destino luminoso y celebrativo y que yo, por supuesto, acepto encantadísima.

